

La Odisea del Istmo

Invocación al exámetro

Exámetro, deja que rija tus potentes cuadrigas,
conduce mis sueños y dale sonoro ritmo a mi canto:
tú, que otro tiempo sentiste correr por tus venas
la sangre de Homero y el rico falerno de Horacio;
tú, que vestiste con épica malla la cólera aquilea,
y que—de la Mitología en el rojo crepúsculo—
acompañaste en su fuga a los dioses vencidos,
que, a Fidas sumisos, huyeron a refugiarse en el Mármol;
Exámetro, escucha: sacude tu sueño de siglos,
íntegro y noble, resurge después de tantos ayeres,
y en vez de frágil trirreme, domando aeroplano o steamer,
bajo el cielo moderno torna a tu antiguo ejercicio.

¿Quién, con infame criterio, podrá decirnos que somos
advenedizos del Tiempo, sin heroicidad ni pasado?
¿Quién, observando la historia con su cauda de siglos,
no evocará con antiguos estremecimientos de orgullo
la gran epopeya aborigen: los trágicos ritos, las rojas
contiendas, los ímpetus libres y la salvaje odisea?
El Popol-Vuh rememórase y el manuscrito de Arana
Xahilah; se incorpora en nuestro espíritu ardiente
un magnífico trueno de atabales; sentimos
que el corazón es como una viva piedra sangrienta
en que corre la humana lava de los sacrificios,
y vemos alzarse en las cumbre de nuestros viejos volcanes,
—vértebras por donde arroja su tuétano ígneo el planeta—
a Tohil, que en un gesto de complacencia divina,
desgrana sobre los Andes sus mazorcas de pueblos.

La leyenda

La leyenda asegura—¿no tenemos acaso leyenda?—
que cuando al Istmo le cupo soportar en sus hombros
la sacudida del brusco desplazamiento de razas,
como nunca fué grande el estupor de las selvas,
y que en el choque tremendo del Pedernal contra el Hierro,
saltó una chispa violenta que dió su luz al Prodigio.
Oh, Xelahu, ciudad magna, tú presenciaste el instante
en que jugaron los Héroe su ajedrez de naciones,
tú que viste, peinado de flechas y pávido, el Valle
del Pinar, dame ahora, cómo evocar la aventura:
Audaz y fuerte era rudo el Conquistador; su coraza
sudaba fuego; el recuerdo todavía comenta
el atrevimiento imposible de sus épicos saltos,
y sobre todo, su lógica estaba audazmente sentada
en dos inflexibles premisas: su ambición y su espada.
El Indio era libre y salvaje; tenía los brazos
constelados de heroicos tatuajes; se erguía en su frente
un hirsuto penacho de plumas; comía las frutas
del trópico dulces y los sangrientos despojos
de los vencidos, y su alma estaba tallada en el bronce
que funde la Gloria en el crisol del Martirio.

Tal eran los dos combatientes, los hechos fueron como ellos:

Cuando cayeron las tribus como langostas, y cuando,
a fuerza de heroicos afanes, quedó agotada la Gloria,
y el odio lavaba con sangre la tierra materna, y mezclaba
los ecos de un himno a las Sombras en cien distintos dialectos;
quedaron suspensos y solos en plena torva llanura,
cual dioses de cultos contrarios, el Conquistador y el Cacique.
Lo que es heroico y es noble tiene un ritual entendido,
y Dios en el pálido abismo, firma los pactos supremos
que imponen los hados adversos o traen los genios propicios:
Los dos Combatientes, a un mismo saludo audaz respondiendo,
trabaron la épica lucha. Largo y sombrío fué el lance,
triste y bárbaro el duelo; la antigua tierra del Istmo
sintióse en plena Iliada, y en la rebusca espantosa,
en el recíproco asedio, cada cual fué más grande
que lo que el destino exigiera. Primero, esfuerzo y bravura,
sangre después y cansancio, y luego... lo escrito.
Largo y sombrío fué el lance, triste y bárbaro el duelo!
El roto menhir y la palma tropical, ese día,
pudieron ver cómo muere, cuando es inflexible, el Derecho,
y la Libertad, cuando es digna. Y el quetzal milenario,
divino nahual de la tribu, sintiendo llegado el momento

que un aborigen profeta en noches de espanto anunciara,
y que en pósteros tiempos, en danza a la pálida luna,
rememoraba el quiche-vinak, triste mitote; el antiguo
quetzal de Tecum aguerrido, voló de su vasta floresta,
abrió como escudo de plumas sus alas resplandecientes,
contra el Héroe adverso, y herido, dió un grito salvaje,
y cayó sobre el tibio cadáver del Indio yacente en el campo,
que así, lo cubrió una mortaja de esperanza y de gloria...
Lo que es heroico y es noble, tiene un ritual entendido!

Don Pedro los vió de soslayo, y prosiguió su camino!

El futuro

Visión de paz. El cielo esplende; el campo brota
racimos pudorosos y prósperas espigas;
el aire es como un beso, y el sol como una gota
de miel que se reparte en las eras amigas.

Junto a los valles, donde cantan cosas serenas
los rudos Andes alzan firmes arquitecturas,
y allí los ríos abren sus incansables venas,
en que corre la clara sangre de las alturas.

Surgen tropeles, se oyen relinchos, y se mira
pasar grandes hatajos que van cubriendo leguas,
y parece que el suelo tiene una oculta lira,
que pulsan con sus cascos los potros y las yeguas.

Y luego las ciudades locas de muchedumbres,
doradas por la gloria de las puestas febeas,
cuyas siluetas fingen, vistas desde las cumbres,
vastos cálices que abren su corola de aldeas.

Y el latir rumoroso del corazón urbano,
con sístoles de fábricas y diástoles de ferias,
en donde se estremece el gran torrente humano,
que viene de las venas y busca las arterias.

O bien los lindos puertos que erigen su silueta,
olorosos a brea, a mantas y a mariscos,
propicios a las almas del pintor y el poeta,
en éxtasis delante su cinturón de riscos.

Y allí los grandes barcos de contexturas recias,
con la indolencia vaga que siempre los anima,
cargados de abarrotos, de granos y de especias,
y de viajeros pálidos que llegan de otro clima.

Eso serás, oh dulce tierra materna y grata,
en que el Futuro ofrece tiempos de maravilla,
y en donde la existencia su prestigio aquilota,
y la materia asombra, y el espíritu brilla.

Y tú, siendo tan sólo como el glorioso plinto
sobre que se reposan los ensueños eternos,
sientes colmado el campo de tu imperial recinto,
en donde la Abundancia volcó proficuos cuernos.

¿Cómo, pues, no cantar tus glorias seculares,
que dan vida inmarchita y noble atrevimiento,
si para el vuelo brindas las alas de tus mares,
y para el canto inicias tu propio pensamiento?

¿Cómo no ser un eco de la voz con que clamás
para que el torpe sueño de los siglos despierte?
¿Cómo no alimentar el fuego de las llamas
en que se está forjando el signo de tu suerte?

Gloria a ti, dulce América Central, gloria al insigne
momento en que, abolidas miserias ancestrales,
a cumplir te preparas lo que el destino asigne
a tus fuerzas civiles y a tus dones rurales.

Gloria a ti en la divina plenitud de una hora
saturada de ensueño y rica de perfume,
en que la Unión, sacro resplandor de tu aurora,
aboliendo el pasado, el porvenir resume.

Y sobre todo, gloria a tus grandes Obreros,
canteras angulares del grandioso edificio,
que con espada o pluma—dos gemelos aceros—
dieron a la Esperanza su propio sacrificio.